



bre los que se aúpa para escribir sus historias.

—La vida, los encuentros, los que ríen, los que lloran, los que viven o desaparecen. Hay algunos en especial. Entre ellos, citaré a Faulkner, Pessoa, Onetti, Rulfo o Dostoyevski. Pero hay tantos, tantas lecturas magníficas, como las de Quevedo y Cervantes, imprescindibles. Resumiendo: desde la niñez vida y lectura.

—Cuenta Vila Matas en 'París no se acaba nunca' que Margari-te Duras le dio una serie de consejos para escribir. Entre ellos, que para escribir hay que ser más fuerte que uno mismo, que la propia literatura. ¿Qué consejos le daría usted a un joven que comienza su carrera?

—Cada uno tiene sus propios sentimientos, pensamientos, pasos y fascinación, pero si tuviera que dar un consejo sería el de sentir, no perder nunca la verdad de las palabras, la naturalidad y la comunicación conmovedora.

—¿Aborda de diferente manera la poesía y la novela?

—De manera muy diferente. El calor de la poesía y sus tonos cercanos a la música necesitan más intimidad, calor y fuerza. La poesía es conmovedora en el amor y la tristeza. En la novela, sin embargo, precisas ahondar en las situaciones y necesitas describir la verdad de lo que va ocurriendo.

—En su nueva novela, 'Los delirios de Andrea' explora el universo cervantino ¿Puede explicar de qué modo está influida por el Quijote?

—Un día me alcanzó una mujer joven que me llenó enseguida y de pleno. Cierto es que siempre me he detenido y retenido ante Cervantes y el Quijote. Me gustó aquel acercamiento y necesité no separarlo, y escribí muy entregada la novela. No solté tiempo y temple, lo acerqué más para que se quedara. Disfruté mis propias páginas.

—¿Reconoce el mundo que estamos creando? ¿Hasta qué punto todo se vuelve complejo o cambia demasiado deprisa para que seamos capaces de analizarlo, de hacerlo a escala humana?

—No reconozco el mundo. Es más, me duelen esas apretadas y extrañas formas. A diario vemos vidas que caen en el horror, que continúa y se amplía. Todo ello me provoca un dolor y un temor continuo. Este mundo arrastra por igual, en un ambiente pavoroso, lo mismo a bebés que ancianos. ¿Dónde queda el amor? Sin duda, en el mundo de los que lloran y están pálidos ante tanto mundo roto. Puede que esta afirmación se antoje como exagerado, pero es cierto.

—Ha escrito en medios de comunicación. Desde esa perspectiva ¿Cómo cree que han cambiado los periódicos y cuál piensa que es el futuro de la prensa?

—Estuvo bien, creo. Escribí durante años en algún periódico y resultaba profundo y tenía, además, un eco agradable. Hay algo especial en comunicar hacia el exterior. Pero, sí, creo que han cambiado. Antes se estudiaba y los periódicos se abrían a cuantos escribían. Eran instrumentos bienhechores y cercanos. Ahora, sin embargo, hay más ligereza y tengo la impresión de que no se trabaja con aquel cuidado y cariño.